



# Prólogo

## Niños más seguros, niños más felices

*Aprendo a mantenerme seguro.* Un buen titular. Tengo que reconocer que cuando la prueba de imprenta de este libro llegó a mis manos a través de uno de sus autores, Javier Lillo, no tardé ni una tarde en devorarme uno tras otro sus once capítulos y sus simpáticos y llamativos dibujos infantiles. De lectura fácil y atractiva, tanto para padres como profesores o alumnos, este manual está llamado a formar parte del material de lectura recomendada en los colegios de nuestro país.

Decía el filósofo inglés John Locke que la única defensa contra el mundo es un conocimiento perfecto de él. Cierto. Desde muy pequeños, en cuanto nos arrancan de los brazos paternos y nos sumergen en un aula rodeada de decenas de niños como nosotros, sentimos que algo se desgarró en nuestro interior. Por segunda vez en nuestra corta existencia de vida, la primera tras ser expulsados de la placenta, nos encontramos fuera del manto protector que nos otorga la familia, los padres, los hermanos. Ahora estamos solos, frente al mundo, junto a veintitantos chiquillos llorones que sienten lo mismo que nosotros y en cuyos ojos se refleja el mismo miedo expectante que en los nuestros.

Los días van pasando, despacio al principio, más deprisa luego, en cuanto empezamos a hacer amigos, a jugar todos juntos en el patio y a descubrir que todos, niños y niñas, son como nosotros. Menos aquel rubito de la esquina, siempre murmurando y dando codazos a quien pasa a su lado. Él sabrá...

El tiempo pasa y vamos creciendo. Y, como en aquel viejo programa de televisión, los problemas también crecen. Y no solo porque el jersey se nos haya quedado pequeño, que también, sino porque en nuestra



cada vez mayor libertad de movimientos nos encontramos con agentes externos que nos limitan sin darnos cuenta nuestra capacidad de obrar, de pensar, de hablar, de actuar.

Aquí es donde Javier Lillo y Sandra Calvo entran de lleno, y nos ofrecen una magnífica imagen panorámica que nos ayudará a explorar el mundo exterior para detectar dónde se esconde, aunque sea tras una máscara de felicidad, el mal, el daño, el dolor. ¡¡¡Y está tan extendido hoy en día!!!

Cuando nosotros éramos pequeños teníamos nuestros monstruos particulares, y no me refiero aquellos que cada noche nos acechaban bajo la cama o dentro del armario, como Sully o Mike en la película 'Monstruos SA', pendientes de nuestra caída de párpados para introducirse en nuestros sueños. No. Estoy hablando del 'tío Camuñas', del 'hombre del saco', del 'sacamantecas' e, incluso, a finales de los 60 y primeros de los 70 del siglo pasado, del 'Lute'.

El riesgo siempre estaba en la calle. Casi todos hemos sido advertidos de que nunca debíamos irnos con extraños, ni siquiera cuando me dieran caramelos u otros regalos. Pero se han perdido algunas buenas costumbres y esas persistentes advertencias, actualmente, no llegan cada día a muchísimos niños que siguen confiando en esa mano supuestamente amiga que no lo es. Muchos padres han olvidado que los grandes consejos que ellos recibieron de pequeños, siguen siendo tan válidos hoy como antaño. Porque no se trata de infundirles miedo, ni mucho menos de que vivan con él. Se trata de abrir los ojos a los más pequeños, de poner en su conocimiento lo bueno y lo malo que se van a encontrar por el camino. Eso les dará confianza en sí mismos y se podrán formar una idea de todo aquello que tendrán que descartar aunque tenga buena pinta.

Sobre todo ahora, en la era de las nuevas tecnologías, donde una simple conexión telefónica de ADSL permite la entrada de esos 'trolls' incluso en lo más íntimo de nuestros hogares, sin que seamos conscientes de ello: una inocente imagen en el perfil de cualquier depredador y nuestros



hijos confiarán ciegamente en él.

Pero no solo la calle o las redes sociales están pobladas de innumerales enemigos de los más pequeños. También en nuestros hogares y en nuestras aulas se encuentra el mal bajo mil apariencias, algunas de bondad, otras, sencillamente, bajo la coacción y el miedo.

Lillo y Calvo desmenuzan una a una todas estas situaciones. Como buenos criminólogos que son, han llevado sus experiencias en el universo adulto al mundo infantil y juvenil, para ayudarnos a detectar esas luces amarillas intermitentes que nos están avisando de que algo va mal y puede ir a peor: desde el acoso escolar, a los peligros que encierra un simple frasco de apetitosas pastillas de colores que resulta que no son golosinas. Y se apoyan en los dos pilares fundamentales en los que se asienta el crecimiento de las pequeñas y ávidas mentes de los niños: los padres y los maestros.

Una y otra vez Lillo y Calvo recuerdan a los más pequeños que siempre han de confiar y trasladar sus problemas a padres y/o profesores. De esta forma, los autores no solo devuelven la formación integral de nuestros hijos a los ámbitos de los que nunca debería haber salido, la familia y la escuela, sino que refuerzan su papel moral y lo impregnan del prestigio social que hace mucho tiempo perdieron en favor del grupo de amigos, la televisión y las redes sociales. Aunque Rousseau pensaba que más vale un buen padre que cien maestros –y todos sabemos que no se refería a sí mismo-, yo siempre he defendido la teoría de que ambos se complementan.

Por eso, nunca es tarde para recuperar nuestro papel de padres y perder ese miedo tan común que nos atenaza de la misma manera que hace varios siglos confundía al poeta inglés John Wilmont, que aseguraba que antes de casarse tenía seis teorías sobre el modo de educar a los niños y que después de tener seis hijos se quedó sin teorías. Debemos aparcar nuestra inseguridad como padres y ejercer como tales.



Ahora, más que nunca, nuestros hijos están reclamando figuras paternas que, además de cariño, les sirvan de referencia y guía, el refugio en el que sentirse seguros y fuera de los peligros que rondan en cualquier rincón. Porque ellos quieren seguir explorando el mundo, los juegos y las relaciones sociales para crecer sin miedo y sin miedos. Y eso solo lo podrán hacer si una mano amiga, pero firme y segura, les ha mostrado qué puertas se pueden abrir para seguir avanzando y qué candados es mejor dejar cerrados.

Disfruten, pues, de la lectura de este sencillo pero imprescindible manual, mejor todos juntos en clase o al calor del hogar familiar, y saquen sus propias conclusiones preguntando a sus hijos qué han entendido y si lo que aquí se cuenta lo han visto o vivido en alguna ocasión. Será la mejor manera de conocer sus miedos e inquietudes y buscar las palabras adecuadas para revertir la situación. Porque el conocimiento de las cosas a ellos les proporcionará más seguridad y disfrutarán más de su infancia y a nosotros nos dará más tranquilidad.

**Roberto Mangas Morales**

**Periodista y escritor. Autor de la novela 'A la salida te espero. El acoso escolar, cómo se presenta y cómo afrontarlo'. Editorial Rasche**